



ROSITA

SE hallaban sumergidas entre flores; el coche, lleno de ramos, parecía una canastilla gigantesca. Violetas de Parma, rosas, alhelies, lirios, margaritas y azahares, parecían oprimir los dos cuerpos de mujer delicados, que apenas asomaban entre aquel hacinamiento de tan distintos colores y tan diferentes perfumes.

El látigo del cochero estaba revestido de anémonas; los arneses de los caballos y las ruedas iban adornados también; en lugar de faroles, llevaba dos magníficos ramos, como si fueran los ojos de aquel jardín ambulante.

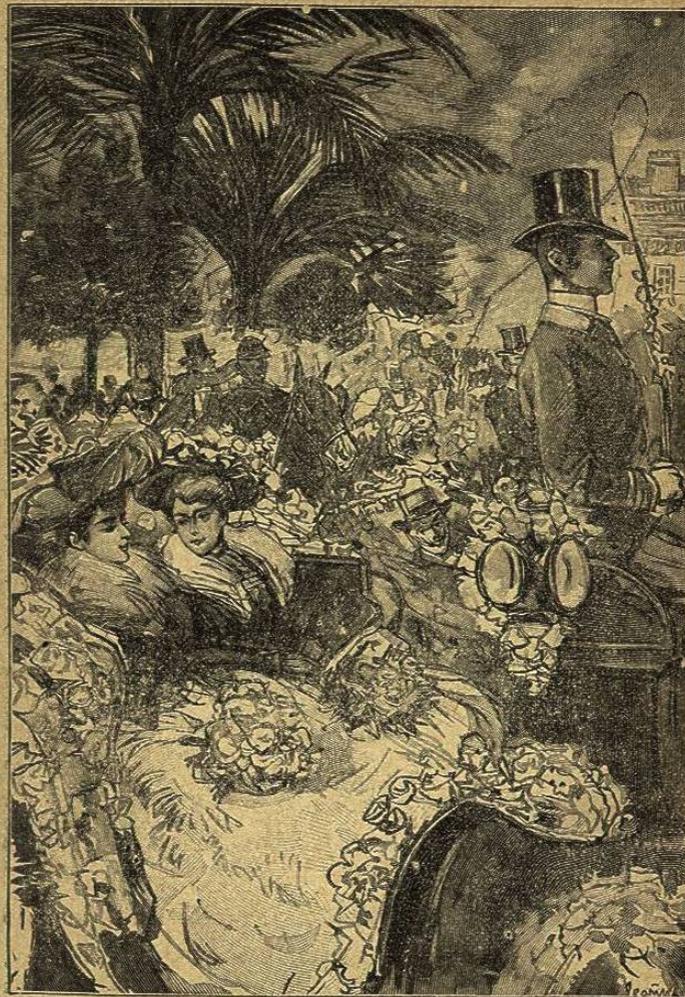
Llegaron al bulevar de la Fonciere, donde comenzó la batalla. Una doble fila de coches, á lo largo del inmenso paseo, extendíase como una cinta de colores. Los ramos cruzaban el aire como ba-

las y caían muchas veces al suelo, donde una turba de muchachos los recogía.

Los que ocupaban los coches, llamábanse, reconocíanse, ametrallábanse con rosas. Un carro, lleno de mujeres vestidas de rojo, como diablos, atraía las miradas. Un caballero, semejante á los retratos de Enrique IV, arrojaba con alegre ardor un ramillete, sujeto á una cinta elástica. Temiendo el golpe, las mujeres tapábanse los ojos y los hombres bajaban la cabeza; pero el proyectil, suave, rápido y obediente, describía una curva y volvía luego á la mano de su tirador, que lo arrojaba pronto sobre otra cara nueva.

Las dos bonitas mujeres vaciaban á manos llenas su arsenal, y recibían una lluvia de ramos. Después de una hora de combate, cansadas al fin, mandaron al cochero que tomase la calle de ***, que tiene vistas al mar.

El sol se ocultaba detrás del Estartel, dibujando en obscuro, sobre un fondo rojo, los picos de la montaña. El mar, tranquilo, azul y claro, se unía en el horizonte con la bóveda celeste, y grandes buques, anclados en el golfo, parecían un rebaño de apocalípticas bestias, enormes y tranquilos, acorazados y ventrudos, luciendo sus palos delgados como un ligero adorno, y alum-



brando el espacio por la noche con sus ojos de luz blanca.

Las dos bonitas mujeres, recostadas en los almohadones de su landó, miraban lánguidamente.

Una dijo al fin:

—Hay deliciosas tardes en que todo agrada. ¿No es verdad?

La otra respondió:

—Sí; todo agrada. Pero se necesita otra cosa, además.

—¿Qué? Me siento completamente feliz: nada necesito.

—Acaso tú no lo sientas como yo; pero la mujer, aun cuando un dulce bienestar invada su cuerpo, necesita siempre algo... para el corazón.

Y la otra decía, sonriendo:

—¿Un poco de amor?

—Sí.

Callaron. Después una de las dos, mirando hacia adelante, dijo:

—La vida no me parecería soportable sin amor. Necesito que me quieran. Somos todas lo mismo, aunque no todas lo confiesen.

—No soy yo de tu opinión. Que me quiera quien yo quiero, sí. De los demás, nada me importa. ¿Piensas que podría serme grata la ternura de... de...

Y, buscando un término á su frase, recorría el panorama con los ojos, que al fin se fijaron en los dos relucientes botones de la levita del cochero, y soltando la risa, prosiguió:

—... la ternura de mi cochero?

La otra, sonriendo apenas, dijo en voz baja:

—Te aseguro que resulta muy divertido ser adorada por un criado. Lo sé por experiencia. Los pobres abren unos ojos tan ardientes, que hay para morir de risa. Pero es preciso mostrarse tanto más severa cuanto más enamorados están; luego, se los despide un día con cualquier pretexto, evitando el ridículo de que note aquello alguien que pueda importarnos.

Su amiga la escuchaba, y después de reflexionar un poco, añadió:

—Te aseguro que no advertiría siquiera el cariño de mi lacayo. Cuéntame cómo reparas en que te quieren.

—Pues la cosa es de lo más elemental: se les conoce, como á nuestros amigos, en que se vuelven estúpidos.

—Un hombre de mi clase, no me parece muy estúpido cuando me desea.

—Se ponen idiotas, amiga mía, incapaces de sos-

tener una conversación, de contestar oportunamente, de discurrir...

—Pero, ¿qué gusto podía darte la pasión de un criado? ¿Te halagaba... te conmovía?

—¿Conmoverme? No. ¿Halagarme? Sí; un poco. Siempre halaga el amor de un hombre; de cualquier hombre.

— No lo entiendo.

—Sí. Voy á contarte una increíble aventura que me ocurrió. Verás cómo es curioso é inexplicable lo que sentimos en esas ocasiones.

*
* *
*

Hace cuatro años, en otoño, habiéndome quedado sin doncella, probé seis ó siete seguidas, con tanta desgracia, que ninguna me sirvió. Leí entonces, en los anuncios de un diario, que deseaba colocación una joven sabiendo coser, bordar, peinar y con buenos antecedentes. Además también sabía el inglés. Dirigí una tarjeta al sitio indicado en el anuncio, y al día siguiente la joven se presentó. Era bastante alta, delgada, pálida y con expresión tímida. Tenía grandes ojos negros y buen cutis; me gustó en seguida.

La pregunté acerca de sus informes, y me dió un

certificado en inglés, porque había servido solamente á lady Rymbell durante diez años.

El papel decía que la joven salió de Londres por su voluntad para volver á Francia; que no había hecho nada punible durante su largo servicio, y que sólo podía tachársela de un poco de *coquetería francesa*.

La pudibundez de la frase inglesa me hizo sonreír, y desde luego decidí que la joven quedase á mi servicio como doncella.

Se llamaba Rosita. En un mes fué para mí necesaria, insustituible. Rosita era un feliz hallazgo, una joya, un fenómeno.

Sabía peinar con un gusto exquisito; adornaba un sombrero mejor que una modista, y hasta sabía también hacer vestidos.

Me asombraban sus facultades. Nunca me vi tan bien servida.

Me vestía rápidamente, con una ligereza inexplicable. Nunca rozaba con sus dedos mi piel; no hay cosa que me disguste más que las manos de una criada. Adquirí costumbres perezosas en exceso, porque me agradaba que me vistiera y me desnudase de pies á cabeza, desde la camisa hasta los guantes, con tanto primor, aquella doncella que no hablaba jamás y que siempre se acaloraba un poco

en esos quehaceres. Al salir yo del baño, me frotaba y me secaba, mientras yo, con los ojos cerrados, me adormecía en el diván. Llegó á parecerme, por su delicadeza, más que una criada, una señora pobre.

Pero una mañana el portero dijo que tenía que hablarme. Mi portero es un hombre de toda confianza, soldado viejo y antiguo servidor de mi marido.

Se atragantaba, como si fuese poco agradable lo que tenía que decirme. Al fin, rompió:

—Señora: en el portal aguarda el comisario de policía.

Pregunté bruscamente:

—¿Qué tenemos que ver con la policía?

—Quiere hacer un registro en el hotel.

Indudablemente, la policía es útil; pero yo la detesto. Me parece una profesión poco noble.

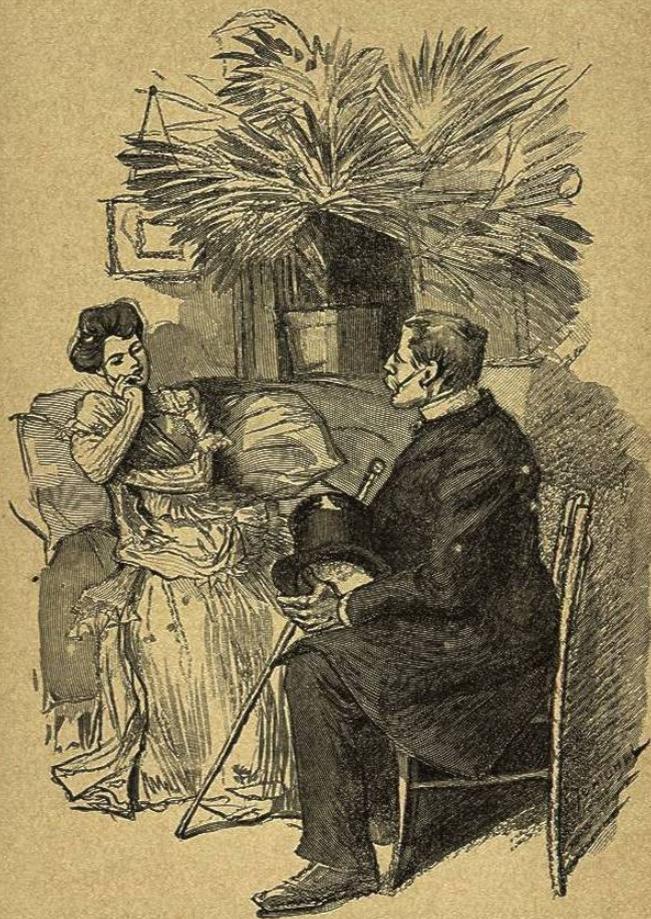
Molestada por aquel recado intempestivo, dije:

—Un registro, ¿á qué santo? No entrará.

El portero añadió:

—Asegura que se oculta un criminal en esta casa.

Esto me atemorizó, y dí orden para que dejasen pasar al comisario. Era un hombre correcto. Me pidió mil perdones, me ofreció mil excusas, y acabó



asegurándome que había entre mi servidumbre un presidiario.

Aquello me indignó. Le dije que yo respondía de la honradez de mis criados, y los fuí enumerando á todos:

—El portero, Pedro Courtín, viejo soldado.

—No es el que busco.

—El cochero, Francisco Pingau, campesino, hijo de un arrendador de haciendas mías.

—Tampoco es él.

—Un mozo de cuadra, también labriego, hijo de labriegos, y un lacayo, que usted ha visto al entrar.

—No es ninguno de los que la señora nombra.

—Ya ve usted cómo vino engañado.

—Perdón, señora; estoy seguro de no equivocarme. Como se trata de un criminal terrible, sería conveniente, para descubrirlo, que la señora me presentase á todos, absolutamente á todos los que viven en su casa.

Me parecía demasiada exigencia; pero accedí, llamando á toda la servidumbre, mujeres y hombres.

—¿No hay más?

—Una joven que no le parecerá, sin duda, un presidiario.

--¿Puedo verla?

—Sí.

Llamé á Rosita, la cual se presentó al punto. En seguida, el comisario hizo una seña, y dos policías, que hasta entonces no vi, se precipitaron sobre mi doncella, oprimiendo sus brazos y atando sus manos con un cordel.

Exaltada por semejante atropello, grité, quise defenderla.

El comisario me detuvo, diciendo:

—Señora: esta doncella es un hombre que se llama Juan Nicolás Lecapet, condenado á muerte hace tres años por asesinato y violación. Un indulto le alcanzó, reduciéndole á cadena perpetua. Se fugó del presidio hace cuatro meses.

Yo no lo creía. El comisario, sonriendo, añadió:

—Voy á dar á la señora una prueba. Tiene un tatuaje de colores en el brazo izquierdo.

Le arremangaron, y vi la señal.

El comisario pronunció entonces una frase de mal gusto:

—Conténtese usted con esta comprobación, y no exija otras más terminantes.

Y se la llevaron.

Mira: lo que me indignaba no era el engaño ni el peligro en que me ví; no era tampoco la ver-

güenza de que un hombre me hubiese vestido ni desnudado, secándome y frotándome tantas veces: lo que me indignaba era una humillación de mujer... ¿Comprendes?

* * *

—No del todo.

—Reflexiona. Ese mozo había sido condenado por violación... Yo pensaba... en la mujer á la cual atropelló... Aquello era humillante para mí, que le había tenido tan cerca siempre, que me había visto desnuda tantas veces, que me había envuelto en la sábana sin... ¿Comprendes ahora?

La otra no respondía. Miraba con una fijeza singular los dos brillantes botones de la levita del cochero, y en sus labios dibujábase una sonrisa de esfinge, propia de las mujeres.



LA DICHA

ERA la hora del te, momentos antes de pedir luces. La *villa* dominaba el mar; la puesta del sol había enrojecido el cielo, salpicándolo con dorados resplandores; y el Mediterráneo, sin una ola, sin el menor estremecimiento, como una inmensa placa de metal bruñido, resplandecía con los moribundos reflejos de la tarde.

• Lejos, á la derecha, las montañas picudas, recordaban su perfil negro sobre la rojiza claridad del crepúsculo.

Hablábase de amor, se discutía este viejo asunto, repitiendo cosas mil veces dichas. La melancolía dulce del anochecer, impregnaba las frases con ternura melancólica, y la palabra «amor», constantemente repetida, ya por la voz firme y poderosa de un hombre, ya por la vibrante y delicada voz de una mujer, revoloteaba como un pajarillo, influía en todos como aparición misteriosa.